

# LOS MAGNICIDAS

Dr. Héctor Pérez-Rincón G.

*"... Entendez, ô grands de la terre!  
Instruisez-vous, arbitres du monde."*

*Bossuet (oración fúnebre  
por Henriette de Francia).*

Dos acontecimientos recientes que han conmovido a la opinión pública mundial, más bien por la repetición iterativa y omnipresente de los medios de comunicación masiva que por su verdadera trascendencia (gracias a la Fortuna, a la habilidad de los cirujanos y a la especial naturaleza física de las víctimas), invitan a evocar a una entidad clínica precisa, olvidada de las modernas nosografías y clasificaciones psiquiátricas, a la que hay que referirse si se desea comprender tales sucesos dentro de una óptica psicológica. Me refiero por supuesto al célebre estudio médico-psicológico que publicó en 1890 el Dr. Emmanuel Régis, bajo el título de LES REGICIDES DANS L'HISTOIRE ET DANS LE PRESENT (17).

Este texto, que no es tan conocido como debiera, constituye el primer trabajo psiquiátrico sobre el tema del regicidio-magnicidio del que la historia brinda múltiples ejemplos, desde Holofernes hasta Lord Mountbatten of Burma, pasando por los muy conocidos asesinatos de la Roma imperial, de *Iulius Caesar* (epónimo de los magnicidios) (19) a Heliogábalo, ultimado en los mingitorios.

No obstante, desde un principio Régis limita la connotación del concepto:

"La palabra regicida es empleada aquí por no contar con un término más exacto para designar a los fanáticos que fuera de toda secta y de toda conjura han asesinado o tratado de asesinar, a un monarca o a un poderoso del momento".

De esta manera, el concepto clínico psiquiátrico introducido por Régis, sólo confiere de manera restringida el carácter de *regicida* a:

"...aquéllos en quienes el atentado contra una personalidad notoria ha sido la consecuencia directa y forzada de un estado de espíritu particular".

Así, no quedarían comprendidas dentro de esta categoría, las muertes (por atentados o por juicio) de los emperadores romanos\*, de Luis XVI, del zar Alejandro II a manos de los nihilistas rusos, del archiduque Francisco Fernando de Habsburgo a manos de Gavrilo Princip, o la de su tío, el archiduque Fernando Maximiliano (15), en el Cerro de las Campanas\*\* y algunos otros, que tanta repercusión tuvieron en la historia del mundo.

\*Las obras históricas ilustran más bien sobre la personalidad de la víctima que sobre la del victimario (19).

\*\*A pesar del rencoroso y ridículo poema que perpetró Zorrilla: "México VII, de regicidio rea..."

La obra de Régis, quien fue sin duda una de las figuras más sobresalientes de la psiquiatría francesa de su época, debe entenderse como apoyada en dos corrientes coetáneas: la Antropología criminal por un lado, y la llamada teoría de la *dégénérescence* por el otro. Es por esa época que Lombroso inicia su influencia al crear el campo de la Antropología criminal\*. Un alumno de este último, el abogado Laschi había tratado brevemente el tema del regicidio en su reporte sobre el delito político presentado en 1885 en el primer Congreso de Antropología, en Roma. En Francia, el propagador de la Antropología criminal fue el maestro de Régis, el Prof. Lacassagne, médico legista a quien está dedicado el libro que hoy recordamos.

La teoría de la *dégénérescence*, de Morel y Magnan, que por esa época había alcanzado una gran difusión, constituye la otra referencia teórica en la que se apoya la obra sobre los regicidas. Esta doctrina, que se pretendía antropológica, constituye un enfoque histórico que hay que valorar dentro del contexto ideológico de la época. A pesar de las críticas que posteriormente se le hicieron, fue sin duda un antecedente de los enfoques genéticos y biotipológicos en psiquiatría (11).

Por su lado, en 1913, Dide englobó a los magnicidas (guardando las características que los definen) dentro del grupo de los "idealistas pasionales", que sería una subcategoría del grupo clínico de las constituciones psicopáticas. Dentro de este grupo quedaban también enmarcados los anarquistas, los idealistas amorosos, los doctrinarios políticos y los reformadores religiosos.

Régis analiza en su libro el carácter general, el temperamento del espíritu, el estado mental, de un buen número de regicidas que se conocieron entre el siglo XVI y los finales del XIX; sus características, la ausencia de complicidades, sus antecedentes, etc. En la obra llama la atención el que Régis prefiera el término de regicida al de magnicida, que sería *strictu sensu* el más apropiado, pues no todos los sujetos que describe dirigieron su acto homicida hacia una persona real. Se presentan así víctimas diversas, vg. presidentes (norteamericanos por supuesto) y los arzobispos de Madrid y París. En nuestros días, en los que observamos la desaparición de reinos e Imperios, sería más adecuado servirse del término de *magnicidas*, aunque si se ha de ser muy purista, en muchos casos el título sería también hiperbólico. ¿No acaso recientemente un distinguido periodista ha utilizado el neologismo de "mediocricida"?

Si algunas de las explicaciones de Régis pudieran pare-

\*L'Uomo delinquente fue publicado en 1876.

cer obsoletas, sus descripciones clínicas son de una gran profundidad y los rasgos observados en otros magnicidas posteriores, coinciden con lo expuesto por él, por lo que sigue vigente lo siguiente:

“Las analogías que reúnen a los regicidas puros, son tantas que no existe ninguna diferencia marcada en la manera de ser y de actuar, entre los de hoy y los de antes. Analizándolos de cerca se percibe que pertenecen por así decirlo, a la misma familia, y siguiendo la palabra tan justa de Morel, que son realmente hermanos patológicos”.

Al referirse dentro de los caracteres generales a la constitución de los regicidas, escribe Régis:

“La primera cosa que sorprende es que no son ni absolutamente sanos de espíritu, ni absolutamente alienados. Aunque colocados en grados un poco diferentes de la escala patológica, todos forman parte de la zona fronteriza o intermedia. Anteriormente se les había considerado como locos lúcidos o razonantes\*, ahora se les llamaría desarmónicos o *dégénérés*” (los que corresponderían en nuestros días al diagnóstico de *borderline* (21).

La observación de los pacientes que examinó directamente o a través de fotos y documentos históricos, lo llevó a concluir que la mayor parte de estos individuos eran de talla elevada, vigorosos, con un rostro frecuentemente simpático y agradable. Cita así a Carlota Cordai, la asesina de Marat; a Alibaud, autor de un atentado contra Luis Felipe de Francia; a Nobiling, doctor de la Universidad Alemana, autor de un atentado contra el emperador Guillermo; a Hillairud, quien trató de matar al mariscal Bazaine, etc.

Otro punto de observación importante lo constituye la edad que tenía el regicida al momento del atentado. Encuentra que la edad promedio se situaba entre los 20 y los 30 años. Recuerda asimismo una cita de Desmarests:

“Persuadida sin duda de que el entusiasmo y la abnegación personal, son por así decirlo, enfermedades de la primera juventud, la policía del imperio, aunque escrutaba escrupulosamente a todos los individuos que venían del extranjero, ejercía una supervigilancia especial sobre aquéllos que tenían de 18 a 20 años”.

Al estudiar el estado mental de los regicidas, subraya la frecuencia con la que se presentan en ellos construcciones delirantes de índole mística, sea de tipo religioso, sea político, sea mixto. A partir de esto se desarrolla la creencia en la “misión” que debe cumplir. En los antecedentes familiares de muchos de estos sujetos se observan fuertes conductas místicas y de intolerancia. Así, Poltrov asesina al duque de Guisa para quitar de este mundo a un enemigo jurado del Santo Evangelio; Baltasar Gerard, asesino de Guillermo de Nassau, se presenta a sí mismo como “atleta generoso de la iglesia romana”; Ravailiac termina con la vida de Enrique IV porque no lo encuentra suficientemente enérgico contra los herejes, y “sólo de escuchar la palabra *hugonote*, entraba en un acceso de cólera”.

En algunos pocos, Régis describe inclusive la presencia de francas alucinaciones, también de contenido místico. Tal sería el caso de Jacques Clément, el asesino de Enrique III de Francia, quien experimentó la visita de

un ángel que le ofrecía un puñal al tiempo que le decía: “Hermano Jacques, yo soy el mensajero de Dios todopoderoso y vengo a confirmarte que por ti el tirano de Francia deberá ser muerto; piensa pues que te ha sido preparada la corona del martirio”. En la mayor parte, describe un delirio persecutorio en el origen de la decisión, y aún un deseo de llamar la atención sobre su misión gloriosa: un gran orgullo, una búsqueda de la gloria. En el primer caso estaría el padre Galeote Cotilla, quien en 1886 asesinó al arzobispo de Madrid, Martínez Izquierdo, para vengar su honor y la religión, pues se consideraba reformador e intérprete de la palabra divina. El abate Verger encaja un puñal de 43 cm de largo, en plena iglesia, a Monseñor Sibour, arzobispo de París, al grito de: “¡Nada de diosas! ¡abajo las diosas!” para protestar contra el dogma de la Inmaculada Concepción, lamentando solamente no haber podido ir a Roma a ejercer justicia contra el propio Pío Nono; Passanante atenta contra el rey Humberto de Italia al tiempo que grita la leyenda que va escrita en una gran bandera roja que enarbola: “¡Muerte al rey! ¡Viva la República Universal! ¡Viva Orsini!; Guteau asesina al presidente Garfield: “por una necesidad política y por presión divina”; John Wilkes Booth, exclama tras asesinar a Lincoln: “*I must have fame, fame*” (1); en tanto que Luccheni asesina a la desequilibrada emperatriz Isabel de Austria-Hungría en 1898, por no haber encontrado a la víctima que había escogido. El juez le interrogó: —¿Por qué asesinó a la emperatriz Elizabeth?— y Luccheni contestó tranquilamente: —No pude encontrar al duque de Orleans, entonces asesinó a la otra, por no haber encontrado algo mejor— —Ha asesinado usted a una desesperada— —Yo creí haber matado a una feliz del mundo— (15).

Al analizar la premeditación y la ejecución del atentado, Régis señala la particularidad de que:

“Los regicidas no actúan habitualmente de una manera súbita y ciega como la mayor parte de los locos alucinados e impulsivos. Por lo contrario, su atentado es lógicamente concebido, premeditado y preparado, como en el caso de los alucinados razonantes; inclusive tienen conciencia de la obsesión morbosa que se ha posesionado de ellos; luchan contra ella y sólo ceden cuando su voluntad se ha tornado impotente”.

“Cualquiera que haya sido la fase de lucha antecedente, cuando las últimas resistencias han sido franqueadas y se ha resuelto el acto, el regicida no duda: va directamente a su fin, con la audacia y la energía de un convencido. Orgulloso de su misión y de su papel, realiza el atentado a la luz del día, en público, de una manera ostensible y casi teatral”.

“La idea del martirio no es incompatible en los regicidas, con el sentimiento de orgullo y de vanidad, al contrario. Los místicos religiosos, exclusivamente preocupados de los bienes del cielo, no sueñan más que en la recompensa que su sacrificio va a merecerles allá arriba. Los otros, los místicos políticos, sueñan sobre todo en la gloria terrestre y en la fama que les espera tras la muerte. Inclusive frecuentemente se imaginan, en su ceguera, que la multitud les aplaude y les admira en secreto, y quedan confundidos frente a las muestras de reprobación que su acto despierta”.

La obra presenta posteriormente un estudio concerniente a las causas de la conducta de estos sujetos. Las divide en predisponentes y ocasionales. Respecto de las primeras, dice que hay que buscarlas en una predisposición individual, muy frecuentemente hereditaria, que los convierte desde el nacimiento en mal equilibrados que

\*Régis hace alusión a la folie lucide (los actuales paranoicos).

quedarán sometidos a toda la influencia de las causas ocasionales. En cuanto a estas últimas, concluye Régis (y esto merece meditarse con cuidado en nuestros días) que los regicidas son muy numerosos en las épocas perturbadas de la historia de los pueblos, en la hora de las grandes colisiones religiosas o políticas. Recuerda así que a fines del siglo XVI y principios del XVII, la época de la Liga, Enrique IV de Francia, "*le meilleur des rois*", fue objeto de 18 tentativas de asesinato. Durante la Revolución Francesa surgieron también fanáticos de todos los bandos.

"Es evidente que en esas condiciones, los desarmónicos están más sujetos que otros a recibir las sugerencias ambientales, a impregnarse de las ideas en curso, a exaltarlas, a creerse, en fin, llamados a jugar un papel en los acontecimientos de su país. Al mismo tiempo y por una especie de afinidad inconsciente, han encontrado entre los fanáticos del pasado, un tipo que se adapta a su concepción y les sirve de modelo, y es así que interviene la imitación para reforzar una tendencia preexistente".

Y agregaba el autor desde su perspectiva de finales del siglo XIX:

"Es bueno recordar también que el medio ambiente interviene para dar un color especial a las ideas madres del regicida conforme al espíritu y a las tendencias de la época: es por esto que en el periodo de los reyes, los regicidas eran sobre todo místicos-religiosos; bajo la revolución y el imperio, místicos-patriotas que actuaban por la república y la libertad; y actualmente son sobre todo místicos-políticos, que sueñan con el socialismo y la anarquía".

Tras de afirmar que el verdadero regicida actúa solo y sin complicidades, Régis pasa al capítulo fundamental de las conclusiones médico-legales y del delicado y espinoso problema del dictamen forense. Cita así algunas repercusiones legales de los casos que estudió. En el juicio de Passanante, el profesor Tamburini (quien fue la figura más reconocida de la psiquiatría italiana de la época) concluyó en la ausencia de locura en él, pero 10 años más tarde debió corregir su dictamen en otro examen médico legal, en el cual se determinó que se trataba de un enfermo, pasando así de la prisión al manicomio. En el caso de los "arzoispicidas" que hemos señalado anteriormente, el español fue arrancado de la condena a muerte por el dictamen de los médicos que lo consideraron perturbado mental y lograron su internamiento en un asilo de alienados, en tanto que el abate Verger no tuvo ese auxilio y fue ejecutado, "a pesar de que Lasègue, el ilustre creador del delirio de persecución, había examinado largamente al abate Verger y a pesar de una cierta duda, había declarado que se trataba no de un loco, sino de un hombre peligroso". La dificultad que surge muchas veces para establecer el estado mental de un acusado, se ejemplificará más tarde de manera dramática con el caso de Rudolf Hess, quien fue examinado en la época del juicio de Núremberg por distinguidos especialistas, quienes concluyeron que el acusado: "*... is not insane at the present time in the strict sense of the word*" (18).

El lector de la obra de Régis no puede menos que notar de qué manera sus descripciones clínicas son aplicables en gran medida a los magnicidas de otros tiempos y otras latitudes. Pareciera inclusive que se tratara de una entidad natural, estadísticamente infrecuente, olvidada por los textos de psiquiatría, aún los más completos, y por la psiquiatría forense.

Otro punto que hay que valorar es la diferente frecuencia con la cual se presentan estas conductas según los diferentes países, y la relación que puede establecerse entre la incidencia de atentados magnicidas y el ambiente de mayor o menor agresividad según el país y el momento (1, 10). Los Estados Unidos poseen la cifra enorme de cuatro presidentes asesinados y seis heridos por sujetos que poseen las características estudiadas (aunque dadas las imprecisiones del informe Warren, queda la duda sobre si Oswald cabría *strictu sensu* dentro del grupo descrito por Régis). En Francia han habido dos presidentes asesinados: Sadi Carnot, a manos del anarquista italiano Caserio, el 24 de junio de 1894, en Lyon; y Paul Doumer, el 6 de mayo de 1932, en París, por un exiliado ruso llamado Gorgoulov. En tanto que en México, país que sufrió durante el siglo XIX y las dos primeras décadas del XX, guerras, revoluciones, asonadas, levantamientos, pronunciamientos, etc., y que posee un elevado índice de homicidios, solamente se tienen documentados (al menos de manera oficial), tres atentados con las características estipuladas por Régis: el del Gral. Obregón, a manos de un León Toral que cumple prácticamente todos los requisitos descritos anteriormente, y que fue determinante para la historia y los hábitos políticos del país; el atentado del que fue víctima, el día de su toma de posesión, Pascual Ortíz Rubio y cuya única consecuencia histórica fue el conocido y crudelísimo poema del temible Novo ("*Quiera la bala asnicida. . .*"); y el que sufrió el Gral. Avila Camacho a manos de un militar, que no tuvo ninguna, al poderlo desarmar personalmente, sin ser herido.

Con lo expuesto hasta ahora podemos establecer de qué manera John W. Hinckley Jr., autor del atentado contra el presidente Reagan, puede catalogarse dentro del grupo descrito por Régis (1, 14), en tanto que en el caso de Mehmet Ali Agca, autor de las graves heridas recibidas por el Papa Juan Pablo II, queda la duda sobre su pertenencia a esa categoría (2), pues todos los índices apuntan hacia la otra forma de agresión a los "poderosos del momento": la vía del complot maquinado con toda premeditación, alevosía y ventaja. De esta manera, el enigmático joven turco pertenecería al grupo de los fanáticos o sociópatas que actúan como instrumento de otros (8, 9) [vg. Brutus (19), Gavrilo Princip actuando como ejecutor de la *Narodna Obrana* (15); Mornard-Mercader, suprimiendo a Trotsky por órdenes de Stalin, etc.]. Es curioso que un diario turco haya evocado a la epilepsia del lóbulo temporal para explicar la agresividad característica de este joven terrorista. Esa afección fue en su tiempo avanzada a propósito de la acción de Rubin, el victimador de H. Oswald.

Por lo que respecta al joven que disparó 6 golpes de salva a Isabel II de Inglaterra —magnicidio simbólico—, éste pertenece al grupo de los que Régis llamó "falsos magnicidas" y cuyo acto está encaminado no a hacer daño sino a llamar la atención sobre un problema personal (17). En este caso, el desempleo. Su acción es pues diferente y no está exenta de un cierto *British sense of humor*.

Los datos aportados por la riqueza y finura de la observación clínica de Régis deben replantearse dentro del movimiento contemporáneo de la Bio-Médico-Criminogénesis (3), que se encuentra en el proceso de enriquecer la trayectoria original de Lombroso, Dupré, Schneider, etc., con los estudios sobre los factores hereditarios y las anomalías cromosómicas, con los que la biología trata de profundizar el problema médico (20) y etológico de la agresividad (12), dentro del que hay que situar a la criminalidad (3). A pesar de la importancia que ha revestido el des-

cubrimiento de trastornos cromosómicos en algunos sujetos criminales (5, 16), la etiología no es unívoca, y desde el punto de vista práctico, es de gran utilidad conservar el moderno concepto clínico de *borderline* (21), que es el más afín al diagnóstico de *dégénéres* que estableció Régis para los verdaderos regicidas.

Los dos casos contemporáneos deben analizarse, como complemento necesario al enfoque nosográfico, a través de una óptica social más amplia, pues se presentan como hechos sorprendentes y catatímicos, dentro de una época que se caracteriza precisamente por la violencia, y en la que se observan abundantes muertes a consecuencia de situaciones sociopolíticas y económicas que están más allá del campo de estudio de la psicopatología o la antropología criminal. Ambas disciplinas están muchas veces incapacitadas para captar y asir totalmente las motivaciones profundas y complejas del acto criminal, sin que por ello deban de persistir en su empeño por descubrir los mecanismos psíquicos y sociales que los acompañan o los facilitan. Si los sujetos magnicidas cumplen en un altísimo porcentaje con las características generales descritas por Régis, por otro lado observamos muy recientemente de qué manera un Peter Sutcliffe ha sido descubierto como el moderno destripador británico, autor de 13 crímenes espeluznantes, y en quien lo que llama la atención es su absoluta normalidad y la falta de índices sospechosos de patología en la conducta cotidiana de quien era considerado por todos los que le habían tratado, como un joven encantador y lleno de cualidades (13).

El horror que estos actos, y los realizados por los magnicidas, producen en la opinión pública, contrasta intensamente con otras muertes que ocurren a diario, en muchas partes, dentro de la violencia de nuestros días, y que su frecuencia y la actitud que frente a ellas adoptan los medios de comunicación, hacen que caigan rápidamente en la banalidad y el olvido.

Hinckley, como sus predecesores en la historia, actuó su condición de *borderline* magnicida, dentro del ambiente de su sociedad, en una nación poseída del crimen, que teme el crimen y a su vez es víctima de su fascinación (4, 10). Mehmet Ali Agca, por su parte, actuó, muy presumiblemente, dentro de un complot terrorista, expresión de la agresividad organizada que se lanza sobre el mundo contemporáneo (7, 8, 9, 14). Hay que establecer la diferencia entre la psicosis personal de los sujetos clasificados por Régis, y las expresiones bárbaras de la Locura humana, del Mal en su acepción extraclínica, casi metafísica, contra el cual han luchado la Evolución y la Civilización. El agudo estado de crisis social que se percibe por do-

quer, favorece, por un lado, el desequilibrio en los predispuestos máxime si sufren el asedio de la agresividad ensalzada a través de los medios de comunicación masiva (1, 6); por otro lado, obligan a muchos a tratar de realizar cambios necesarios en esa sociedad, que deben en ocasiones pasar a través de la violencia. Es necesario distinguir así, la acción delirante del magnicida y los imperativos históricos de la acción.

Otro aspecto que es necesario tener en cuenta, es el de la contaminación psicológica que estos actos generan en ocasiones, sea tratando de imitar la acción criminal en un impulso erostrático\*, sea creando inestabilidad emocional y desorganización en individuos de gran fragilidad emocional. Es frecuente observar suicidios en ocasión de la muerte de artistas famosos (que son los grandes de nuestra época)\*\*. El estado de alarma y el clima de apocalipsis que los medios de información crean alrededor de estos hechos, provocan desorganización y angustia en pacientes que requieren referencias externas muy estables. Recuerdo el caso de una anciana deprimida que al conocer la noticia de la caída de Nikita Jruschov, se lanzó por la ventana, en Suiza, al grito de "es el fin del mundo". *Item*, el movimiento social de mayo de 1968 en París, provocó un gran desconcierto y una importante elevación de la angustia en los pacientes psicóticos, en tanto que para los neuróticos tuvo más bien un efecto benéfico por las características de catarsis colectiva, de libertad de expresión y de disminución dramática de las limitaciones y restricciones sociales que se vivieron.

Los regicidas constituyen pues, una categoría particular muy evidente, que la nosografía debiera resituar, pero el estudioso de la conducta no debe olvidar por el brillo de la acción de aquéllos, el absurdo constante, brutal, de la muerte cotidiana en nuestros días. La etología (12) y la neuropsicofisiología de la agresión (20), la psicología de las motivaciones profundas, la clasificación de los cuadros, la antropología criminal y la Bio-Médico-Criminogénesis (3), pueden ser todas ellas instrumentos del proceso de *hominización*, gracias al cual el *homo sapiens* que surgirá tal vez un día dentro del camino de la evolución, considere que la muerte violenta de cada hombre, es un magnicidio.

\*Eróstrato incendió el templo de Diana en Efeso para obtener una fama que desafiara al tiempo. Su mención se castigaba con la pena de muerte, pero la medida fue ineficaz, pues su acción llegó hasta nosotros. Valette introdujo en Psiquiatría el término de "erostratismo" para designar el acto incendiario del débil vaniteux de los autores clásicos.

\*\*El asesino de John Lennon sería otro representante de los *borderline magnicidas*.

## BIBLIOGRAFIA

1. ANDERSEN K: Those dangerous loners. *Time* 117 (15) 13 abril 1981 (26).
2. ANDREOTTI G: Ripensando a quegli spari. *Europeo* (21) 25 mayo 1981 (16).
3. BENEZECH M: La bio-médico-criminogénèse. *L'Encéphale* 7(1) 1981 (65-82).
4. BENITEZ F: EU Sociedad enferma. *Uno más uno* 15 abril 1981 (3).
5. DESPORTES J P: Un mythe persistente: le chromosome du crime. *La Recherche* 4. 40. dic. 1973.
6. ECO U: Comunque, s'era già visto al cinema. *L'Espresso* (14) 12 abril 1981 (10).

7. ECO U: Quando il bersaglio è un mito. *L'Espresso* (20) 24 de mayo 1981 (10).
8. FICONERI P: La lunga marcia dell'attentatore. *L'Espresso* (20) 24 mayo 1981 (10-13).
9. GIANELLA S, LANFRANCO V: L'Ordine fu: va'e spara. *Europeo* (21) 25 mayo 1981 (6-10).
10. GIESBERT F-O: Violence à l'Americaine. *Le Nouvel Observateur* (856) 6-12 abril 1981 (34-35).
11. GUIRAUD P: La théorie de la Dégénérescence. Cap. III en: *Psychiatrie Générale*, Librairie Le François. París, 1950.
12. LORENZ K: *Das sogenannte böse zur naturgeschichte der agression*. Verlag Dr. G. Borotha-Schoeler. Berlin, 1963.
13. MENANT G: Le mystère de "Peter l'Eventreur". *Paris-Match* (1668) 15 mayo 1981 (58-61).
14. MOHS M: A Violent Pilgrim Progress. *Time* 117 (21)25 mayo 1981 (15).
15. MORAND P: *La dame blanche des Habsbourg*. Librairie Académique Perrin. París, 1980.
16. PEREZ-RINCON H, HERNANDEZ M: Síndrome XYY. Situación Neurobiológica y Psiquiátrica. *Actas Luso-Españolas de Neurología, Psiquiatría y Ciencias Afines* 7(2) mayo-abril 1979 (97-106).
17. REGIS E: *Les Régicides dans l'Histoire et dans le présent. Etude Médico-Psychologique*. A. Maloine, Ed. París, 1890.
18. SLATER E: The illness of Rudolf Hess. A phenomenological analysis (191-210) en: C. Pérez de Francisco. Ed. *Dimensiones de la Psiquiatría Contemporánea* (Libro Homenaje al Prof. Dionisio Nieto). La Prensa Médica Mexicana. México, 1972.
19. SUETONIO: *Vita Duodecim Caesarum*. Societé d'Edition "Les Belles Lettres". París, 1961.
20. VALZELLI L, MORGESSE L (Eds): *Aggression and Violence: A Psychobiological and Clinical Approach*. Edizioni Saint Vincent. Saint-Vincent (Italia), 1981.
21. WELLS L A: Una consideración sobre los estados limítrofes. *Salud Mental* 3(1) primavera 1980 (28-37).

**NOTA:**

EL ARTÍCULO "LOS MAGNICIDAS" FUE ENVIADO A PRENSA EL MES DE JULIO DE 1981. ESTO EXPLICA EL QUE NO SE HAGA ALUSIÓN A ACONTECIMIENTOS POSTERIORES, LOS QUE SON TAMBIÉN SUSCEPTIBLES DE INTERPRETACIÓN A TRAVÉS DE LOS PLANTEAMIENTOS DE RÉGIS QUE DESCRIBE EL ARTÍCULO. EL ATENTADO CONTRA ANUAR EL SADAT CABRÍA DENTRO DEL GRUPO DE LOS MAGNICIDIOS POR COMLOT, AJENOS A LA ACCIÓN INDIVIDUAL DE UN DELIRANTE. COMO SE ASIENTA EN EL TRABAJO, ES EN LAS ÉPOCAS CONVULSAS DE LA HUMANIDAD EN LAS QUE ESTOS ACTOS SON MÁS FRECUENTES.